

Literatura y hermenéutica

Ramón Espinosa Contreras

Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez

Ma. de los Ángeles Silvina Manzano Añorve

(Coordinadores)

Prólogo de Mauricio Beuchot

John Carver laborat
dus autum passant

LITERATURA Y HERMENÉUTICA

RAMÓN ESPINOSA CONTRERAS
SILVIA GUADALUPE ALARCÓN SÁNCHEZ
MA. DE LOS ÁNGELES SILVINA MANZANO AÑORVE
(COORDINADORES)

PRÓLOGO DE MAURICIO BEUCHOT



Primera edición: 2010

© Ramón Espinosa Contreras, Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez, Ma. de los Ángeles Silvina Manzano Añorve (Coordinadores)

© Editorial Torres Asociados

Coras, manzana 110, lote 4, int. 3, Col. Ajusco
Delegación Coyoacán, 04300, México, D.F.
Tel/Fax 56107129 y tel. 56187198
editorialtorres@prodigy.net.mx

Esta publicación no puede reproducirse toda o en partes, para fines comerciales, sin la previa autorización escrita del titular de los derechos.

ISBN 978-607-7495-05-5

ÍNDICE

PRÓLOGO 7
Por Mauricio Beuchot

INTRODUCCIÓN 11

I. LA LITERATURA

SINCRETISMO CULTURAL EN LA NUEVA ESPAÑA 21
Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez

LA EPIFANÍA DE LA PALABRA EN ENRIQUETA OCHOA 47
Ma. de los Ángeles Silvina Manzano Añorve

LA INVERSIÓN DEL PODER A TRAVÉS DE LA ORALIDAD
EN LA ESCRITURA DE MANUEL PUIG 65
Zenaida Cuenca Figueroa

LA PRESENCIA DE LA AUSENCIA EN TRES
POETAS MEXICANAS DEL SIGLO XIX 87
María Judith Damián Arcos

LA PRAGMÁTICA LITERARIA COMO PERSPECTIVA
INTERDISCIPLINAR: APROXIMACIONES TEÓRICAS
PARA UN ANÁLISIS DE *TRILCE* DE CÉSAR VALLEJO 111
Salomón Mariano Sánchez

II. LA HERMENÉUTICA

REFLEXIONES HERMENÉUTICAS <i>Ramón Espinosa Contreras</i>	143
HEIDEGGER: COMPRENSIÓN, INTERPRETACIÓN Y EL HABLA <i>Ma. Antonieta Julián Pérez</i>	209
EL ENCUENTRO, EL TEMOR Y LA COMPRENSIÓN EN <i>SER Y TIEMPO</i> DE MARTIN HEIDEGGER. EXISTENCIARIOS <i>Ricardo Sánchez García</i>	229
LA PRODUCCIÓN LITERARIA EN NUESTRA UNIDAD ACADÉMICA DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUERRERO <i>Humberto Maldonado Gómez</i>	255
ACERCA DE LOS AUTORES	273

PRÓLOGO

El libro que nos ofrecen Ramón Espinosa y los demás profesores que han colaborado a este volumen colectivo contiene un conjunto de estudios que marcan un hito muy importante en la producción filosófica y literaria de nuestro país.

Contiene ensayos teóricos, centrados en la doctrina hermenéutica, y ensayos de aplicación de la hermenéutica a piezas de la literatura. Ambas líneas de investigación son relevantes, y se necesita de una y otra para avanzar en el cultivo de la hermenéutica, de la disciplina de la interpretación de textos.

En cuanto a la parte teórica, me ha parecido bien llevada, equilibrada y abierta. Se tiene el buen tino de incluir a Heidegger, que es el primer promotor de la hermenéutica en la época reciente. Seguido de su discípulo Gadamer, quien fue el que la universalizó, o trató de universalizarla.

En Heidegger se señala la interpretación, esto es, la hermenéutica, como uno de los existenciarismos o características propias del ser humano, el *Dasein*, en la línea del estar en y de la comprensión. En cuanto a Gadamer, es el que marcó el camino de la hermenéutica contemporánea en la línea de la *phrónesis* aristotélica.

También se habla de otras posturas o escuelas hermenéuticas actuales. Así, por ejemplo, la de Michel Foucault, que es crítica de la cultura, en la línea de Nietzsche. Y la hermenéutica crítica, de Apel y Habermas. Como crítica de las instituciones. Pero también la de los primeros intelectuales de Frankfurt,

SINCRETISMO CULTURAL EN LA NUEVA ESPAÑA

Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez

La importancia del contexto en la escritura no siempre incide en la obra literaria, aunque, en algunos casos, denota una interrelación determinante. La época virreinal, a pesar de ser un periodo sumamente estudiado, devela secretos no atendidos. La preocupación por encontrar esta vinculación orienta este trabajo, cuya orientación puede presentarse como propuesta.

CULTURA Y LITERATURA

Existen estudios abundantes en torno al periodo colonial español. La mayoría han sido históricos. La literatura como campo fértil, aceptó la confluencia de la filosofía y la historia. La literatura, ha sido inseparable compañera del avatar de los hombres; en muchas ocasiones se ha constituido en fiel representante de su cotidianidad, mostrando sucesos, acciones, ideas, que los ubican en un determinado momento. La época colonial fue un periodo inquietante: esconde secretos que son explicaciones de nuestra cotidianidad. Es un periodo pródigo en incertidumbres, elementos sobrenaturales, creencias religiosas, magia, que formaron parte de la sociedad, enriqueciendo su imaginario. Aunado a ello y determinándolo poderosamente,

estaba el factor religioso. La incidencia de lo religioso en la vida diaria cobró gran protagonismo en esa época; cualquier aspecto cotidiano parecía tener vínculos con la religión.

Los diferentes estudios de la cultura virreinal, dieron cuenta de una sociedad rica, privilegiada, que sólo pudo existir en territorio urbano; si en el siglo XVI había existido la preeminencia de lo rural, en el XVII fue lo ciudadano (Manrique, "Del barroco", 380). Es así como ahora tenemos noticia de una sociedad que tuvo tiempo y dinero para el ocio y la cultura. El disfrute del tiempo fue utilizado, en parte, en la lectura de libros prohibidos. El descubrimiento de bibliotecas personales en lenguas extranjeras da cuenta del descuido en la prohibición para su acceso. Con el paso del tiempo, se propiciaría el conocimiento de ideas libertarias que posibilitaron la Independencia. Los libros eran caros, por lo que, es de suponerse, sólo una minoría letrada tuvo acceso a la cultura. Los varones fueron quienes ejercieron el poder cultural; ellos pudieron acceder a la creación, recreación y difusión del discurso, de ahí la afirmación que hace Octavio Paz¹ en el sentido de que era una sociedad misógina; y lo fue en muchos aspectos, tanto así, que las mujeres de clase alta no pudieron disponer de su mente y su cuerpo sin el consentimiento de padres, hermanos o la iglesia. En el virreinato español, la instrucción fue un privilegio masculino, y sólo sería a fines de esa época cuando se extendió la necesidad de una educación para las mujeres -quienes no la tenían, accedían a la cultura a través de sermones, lecturas, relatos o canciones. Gran parte

¹ Véase *Sor Juan Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. p. 69.

de la cultura estuvo centrada en el clero. (Bühler, *Vida y cultura*, 247). Los que se dedicaron a escribir fueron los clérigos; a través de sus escritos transmitieron sus ideas y su visión del mundo.

Los hombres fueron quienes crearon un complejo discurso simbólico; los letrados, según Ángel Rama, fueron quienes elaboraron una "capital función social desde el púlpito, la cátedra, la administración, el teatro, los plurales géneros ensayísticos". Ejemplo de ello es el discurso hagiográfico que se realizó a "tres manos": por parte de la religiosa quien escribía sus revelaciones en cuadernos de mano; los directores espirituales, encargados de editar el texto y publicarlo con su nombre; y la palabra de Dios proporcionando dichas revelaciones.

Los letrados, en su mayoría criollos, buscaron afanosamente a través de la cultura una razón que explicara su nacimiento en esta tierra, incluso incorporaron el pasado prehispánico de manera deliberada y consciente, uniéndolo con lo religioso. Entre los textos que más se publicaron, están los sermones, las crónicas y los textos religiosos llamados *Vidas* o hagiografías, cuyo ingrediente principal fue religioso; tuvieron como propósitos modelar con el ejemplo a la sociedad novohispana, subrayar el propósito de la evangelización y mostrarse como producto americano sincrético, similar en importancia al europeo. Mantuvieron una escritura y una forma de expresión que enmascaraba la realidad; ajenas totalmente a ella; de ahí la división que se hace entre 'ciudad letrada' y 'ciudad real', la cual refleja cómo vivieron las religiosas que eran quienes escribían, y describe el momento de ingresar a un convento: como un morir al mundo (Rama, 17).

La vida cultural para la clase pudiente fue enriquecedora; la ociosidad permitió que las artes y las letras pudieran cultivarse. El arte religioso se manifestó en conventos y catedrales; su cultivo estuvo aunado a la vocación religiosa y fue parte de la norma de vida. Asimismo, se pretendía hacer ver a la tierra americana como un lugar promisorio, acompañado de una idea que sustentaba la hazaña de la conquista. Junto a ello, el prodigio y el milagro fueron parte de esos códigos de socialización que dieron identidad a los novohispanos. Esto formó parte de la necesidad de identidad del criollo, quien precisaba más que otro la reafirmación de sí mismo por no tener arraigo en la Nueva España. Tal exigencia propició la escritura de textos que buscaban nuevos santos, de la misma manera que los tenían en Europa. Precisamente las hagiografías (cientos de ellas) dieron cuenta de esa búsqueda.

El descubrimiento de bibliotecas privadas, ha demostrado que hubo interés en la cultura, no sólo por parte de las clases pudientes –para quienes era más fácil adquirir los costosos libros–, sino para otros, formando bibliotecas que, para su tiempo, fueron considerables. Como lo indica Irving A. Leonard, los libros encontrados en posesión de Melchor Pérez de Soto, demuestra el interés representado en la variedad de libros, y agrega que “las obras de ficción [fueron] las que gozaron de mayor popularidad y probablemente tuvieron el público más amplio en ambas regiones [...] los títulos [encontrados] tienden a distribuirse en cuatro categorías: ensayos, poesía, teatro y literatura novelesca en prosa” (142). Lo cual puede demostrar, en parte, el porqué fueron bien aceptadas las hagiografías, cuyo parecido con la novela es muy cercano.

Las características que poseían las hagiografías, en cuanto a su composición, eran “una de orden literario, relacionada con lo narrativo, el discurso y el entretenimiento; la otra, asociada con lo moralizante, lo didáctico, lo ejemplar, lo edificante” (Rubial, “Espejo [...]” 89). Los rasgos más sobresalientes de la hagiografía barroca, presentes en las obras españolas y coloniales, eran: señales prenatales, catarsis penitencial, lucha singular con el demonio, visiones beatíficas, muerte ejemplar y educadora, señales *post mortem*. En la hagiografía de la contrarreforma, se utilizó la técnica barroca de narrar; en sus páginas encontramos portentos o una interpretación sobrenatural de lo cotidiano; el punto de vista expresado se reforzaba con elementos sorprendidos para que el lector se interesara más, transformando la cosa leída en realidad casi palpable. Las hagiografías, como la predicación, reflejaban las costumbres y modos de ser del auditorio, por lo que es consecuente pensar que estaban hechas a la medida de lo que se quería inculcar; estos textos entretenían y estaban al servicio de la ejemplaridad. Los escritos se dirigieron a un público que gozaba leyendo exageraciones e imaginaciones propias de personajes arquetípicos, aceptando lo sobrenatural que partía de la fe religiosa. En lo general, se ha podido constatar que existía una variada gama de inquietudes intelectuales. Otra manifestación fue a través de los certámenes literarios, que fueron muy populares y atrajeron a una buena cantidad de participantes notables, como Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos de Sigüenza y Góngora, insignes representantes del Barroco americano.

BARROCO AMERICANO

En la cultura novohispana surgió el Barroco como otro aspecto que sería signo de aculturación. Del Barroco español tomó algunos elementos; pero ambos, la cultura novohispana y el barroco español, fueron distintos. Entre las variadas características del español, se aprecia la expresión de una crisis espiritual; se ve reflejado el desencanto, la desilusión, la incertidumbre, lo pasajero de la felicidad, la brevedad de la vida; pero comparten ambos la búsqueda de lo nuevo, lo extraordinario, aquello que causa asombro. No toman en cuenta la razón sino los sentimientos, privilegian lo sensorial y llamativo, confrontan elementos distintos; hay un gusto por lo hiperbólico, lo exagerado. El Barroco hispánico se considera una época de complicación y contradicción interior; fue un estímulo que hizo visible sufrimientos y éxtasis, exaltando los opuestos.

“El Barroco, cultura de contrastes, de ambigüedades y de apariencias, se convirtió de inmediato en una tierra fértil, donde todos los que buscaban sus identidades podían afianzar raíces y producir frutos [...] [tuvo] un lenguaje plástico [...] que era [...] inasible, contradictorio y plural” (Rubial, *Santidad*, 52-53). El arte barroco fue propicio a las hagiografías; un telón teatral hizo posible la creación y recepción de estas obras, que eran representación de un lenguaje que buscaba lo ornamental y los contrastes entre el bien y el mal.

[...] en el arte barroco se presenta en tal medida una exageración del momento ornamental o retórico de la obra de arte, que el otro momento, el que corresponde a su función esencial de representar al mundo,

queda en mayor o menor medida supeditada a él [...] prefiere el efecto local y efímero y se desentende del impacto general y duradero; le basta conmover el alma y persuadir al entendimiento [...] siempre en busca de un único fin, el efecto teatral de una fascinación local y pasajera [...] el teatralismo es el principal; él es el tenido por la causa, el ornamentalismo por el efecto [...] al hacer arte, el arte barroco en verdad finge [...]. El arte barroco consiste en una *decorazione assoluta* que lleva su función ancilar [...] que [...] sin dejar de ser un medio, se convierte ella misma en un fin [...] (Echeverría, 207-208 y 210).

Como todo lo barroco donde coexistía lo contradictorio, una característica de la época era “lograr trascender lo metafísico por medio de lo sensual. [Se trataba de una] sensibilidad que busca lo trascendente a través de signos sensoriales [...]” (Bravo, 91). Convivían una religiosidad extrema con una no menos extrema sensualidad, austeridad y relajación que van de la mano: “[...] rigorismo y libertinaje, pesimismo radical y sensualidad exaltada, ascetismo y erotismo, son actitudes que generalmente se dan juntas” (Paz, 105-106). La descripción de los momentos en que las religiosas lograban éxtasis místicos, es muestra persistente de los escritos que deleitaban la mente novohispana.

Lo Barroco exaltaba lo externo, y esto lo podemos constatar en el cuidado radical que tuvieron hacia la honra, hacia lo valioso que era aparentar tenerla; no importaba que se hubiera cometido algún desliz o se estuviera en desgracia económica. Se hacían notorias las contradicciones entre el bien y el mal, el pecado y la penitencia. La magia y la religión formaron parte de una cotidianidad complementaria. De la misma forma

convivieron lo natural y lo sobrenatural; la magia fue uno de los aspectos que interesó a muchos, aún cuando estaba prohibida. Los artistas barrocos ofrecieron temas y modelos aparentemente reales, en los que la sociedad se reconocía y gustaba; había un esfuerzo por elevar la naturaleza humana y acercar lo abstracto religioso a lo cotidiano, interés que se verá plasmado posteriormente en las colonias españolas donde la religiosidad estuvo vinculada con lo cotidiano.

El pensamiento novohispano permitió que la línea entre lo natural y lo sobrenatural se difuminara, ello debido a “la “exagerada” estatización de la vida cotidiana, que [volvió] fluidos los límites entre el mundo real y el mundo de la ilusión [...]” (Echeverría, 195). La imaginación surgió exaltadamente junto al goce de los sentidos en una relajación sexual. “Tolerancia ante los extravíos del apetito e intransigencia en materia de opiniones y creencias; manga ancha con el cuerpo y sus pasiones, rigor con el alma y sus desvaríos [...]” (Paz, 106-107, 108). Como condición de santidad se adoptó el rechazo al cuerpo y solamente se aceptaron aquellos goces que permitía la Iglesia, es decir, los espirituales. Se hizo la división entre cuerpo y alma y se representó como una lucha entre el bien y el mal: al cuerpo se le imputaron los males; a él se le vio como el causante de la desgracia. Todo lo que sirvió para dar placer al cuerpo, fue malo (Jiménez, 96); pero también tuvo su contraparte: fue un medio de salvación y de prestigio social que algunas mujeres lograron explotar en un medio donde no se les permitía destacar.

IMAGINARIO Y VIDA COTIDIANA

Desde mediados del siglo XV se intensificaron las emociones, poblando los espacios de criaturas fantásticas: brujas, magos, demonios; estas creencias, vinculadas a los pecados, continuaron en el siglo XVII y los españoles las trasladaron a América compartiendo rasgos prehispánicos y de la raza negra; se relacionan con la idea que se tuvo del pecado en América, suponiéndolo fuera del hombre, pero que, en un momento dado, podía introducirse en él por medio de poderes malignos.

Una creencia firmemente arraigada fue la comunicación con las almas; la mentalidad popular creó esa necesidad de comunicación a través de gente del pueblo. Fueron mujeres, como las hechiceras, las alumbradas o las falsas beatas las que tuvieron ese papel, el cual de algún modo suplió a la escasa participación que se les permitía en la sociedad. “En una época y un mundo en que lo sobrenatural se ve acreditado por las mayores autoridades, en que la santidad es proclamada con cierta frecuencia, en la duda, la discusión o donde hasta la disensión pueden prevalecer, resulta muy difícil distinguir entre la autenticidad y la superchería [...]” (Solange, 507). Ésta, como otras creencias provenientes de España, se infiltró en la América española, haciéndola suya de manera natural.

La sociedad novohispana era temerosa de acontecimientos naturales como terremotos, inundaciones, o eclipses; los veían como castigos divinos. Se vivía un fatalismo que se acrecentaba con el paso de los cometas; con la muerte repentina de un poderoso, con pestes. “La mentalidad barroca definía la unión indisociable de lo religioso [...] y la

profunda sacralización de la realidad que, enmarcada en un ambiente contrarreformista, dotaba a la cultura de la época de una actitud incuestionable respecto a unos principios que pretendían ser absolutos”.² La cosmovisión de la Nueva España hacía ver que todo lo que en la tierra y en el universo acaecía, estaba dominado y manejado por el Todopoderoso; esto confirma la aceptación de lo sobrenatural como algo que no era cuestionado.

En las fiestas, procesiones y demás festejos, se hacían presentes los distintos estamentos de la sociedad, ocupando cada quien su lugar, dando la idea de estar regidos por la mano de Dios, del mismo modo que en la Edad Media se hacía sentir a los hombres que su nacimiento estaba predestinado. “El mesianismo agustiniano compartía el espacio teológico con la concepción neotomista que consideraba a la sociedad como una estructura jerarquizada y estática, sujeta a un orden divino que la trascendía y que señalaba a cada quien el sitio que debía ocupar en el mundo” (Rubial, “Crónica”, 329). Este tipo de ideas, propició que la Nueva España y otras colonias aceptasen sin discusión aspectos de la vida que bien pudieron influir, tanto en aceptar lo sobrenatural como en retardar la separación de España.

² Tomado de “La festividad de la Inmaculada en León durante el siglo XVII,” de Viforcós Marinas en el libro *La Orden Concepcionista*, León, 1990, vol. I; Rosalva Loreto López, “La fiesta de la Concepción y las identidades colectivas”, Puebla (1619-1636), en Clara García Aylluardo, Manuel Ramos Medina, coords, *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*. p. 238.

Un personaje cuya presencia era considerada real, fue el Diabolo. Su figura (causante del pecado) era tomada como parte de la vida cotidiana, en especial por las mujeres, por lo cual las posesiones diabólicas fueron constantes, aunque no todas negativas. Algunas sirvieron como medios de purificación para que las almas pudieran lograr la unión mística con Dios. Citando a Jean-Joseph Surin, en *Les fondements de la vie spirituelle. Tirez du livre de l'Imitation de Jésus-Christ*, París, 1667, Fernando Cervantes dice que: “al ser Dios el único valor autónomo, toda obra humana carecía en sí misma de valor alguno. Suponer lo contrario equivaldría a aceptar que el sujeto responsable de una obra buena era una fuente potencial del bien” (132, 138 y 139). De ahí que las obras modélicas sobre la conducta de las religiosas fueran consideradas manifestaciones de Dios; se decía que no provenían de ellas, aunque se les consideró a quienes las escribieron beatas o santas.

Los santos y la veneración de sus restos fueron de utilidad para la asimilación y afianzamiento del entorno; las imágenes milagrosas eran necesarias para aliviar necesidades y enfermedades a través de su intermediación, y es que se veía al portento como algo posible de realizarse, como algo que no transgredía las leyes naturales. Asimismo, se advertía que aquéllas revelaciones que no provenían de Dios eran falsas, y sólo aquéllas que sí pertenecían debían creerse:

[...] estamos también en una época en la que el arrobamiento de una monja, la milagrosa curación de un agonizante, el arrepentimiento de un penitenciado o los vaticinios de una beata son más noticia que el alza

en el precio de los oficios o la imposición de una alcabala; en una época en que son de más monto los viajes al interior del alma que las expediciones a las Californias o a Filipinas [...] (O' Gorman, 27).

Los temas que pervivían eran el rechazo al mundo y el anonadamiento en forma obsesiva. El cuerpo, como ente material, era rechazado y hasta humillado a través de autoflagelaciones y tormentos; pero también fue símbolo de lascivia y tentaciones como puede verse en pinturas de la época, en las que mulatas y negras vestían provocativamente.

La Nueva España fue una extensión de España, que se había cerrado al exterior y también al porvenir: es necesario aclarar que tenía otros objetivos, otras directrices ideológicas, distintos a los países cuyo crecimiento económico era lo importante, ejemplo de lo anterior fueron los colonizadores de Estados Unidos. Los conquistadores persiguieron la riqueza, la fortuna, y no venían con la intención de edificar un nuevo mundo. En la época barroca novohispana concurrió una par de fenómenos sociales:

La sociedad colonial vive en dos planos que mantienen relaciones particulares: el primero es el de los códigos, las cédulas, en suma, el conjunto del aparato discursivo que procede de la metrópoli o sus representantes, el mero reflejo de un proyecto colonial en parte imaginario; el otro es el de la realidad, los compromisos, los arreglos e interpretaciones dolosas de la praxis local en manos y al servicio del puñado de dominantes, de privilegiados [...] (Alberro, 273).

Aunada a estos planos (no importando la clase social) se nos muestra una sociedad sedienta de hechos prodigiosos, y un grupo clerical, dispuesto a proporcionárselos a través de una rica literatura. Por otro lado, vislumbramos una cultura obsesionada por lo religioso y los contrastes violentos; finalmente, descubrimos la existencia de un aparato represivo que controlaba las manifestaciones populares y que frustraba cualquier intento devocional que no se sujetara a las normas de la religiosidad oficial. Como resultado de esta paradoja, surgen las hagiografías, que representan aquello que se intenta negar en el discurso; pero que es aceptado y venerado por una mayoría.

Las diferencias entre las clases sociales eran evidentes, a pesar de la disposición y "aceptación" de la intervención del destino. El motín de 1624 en la Nueva España hizo patente la fragilidad de la institución gubernamental, mientras que la Iglesia no sólo conservó su influencia, sino que la acrecentó. La sociedad novohispana era contrastante: rica y sensual, pero devota y supersticiosa; obediente a la Corona y a la Iglesia; sus actitudes se determinaban por prácticas espirituales y religiosas que sostuvieron como premisas la fe y una visión ortodoxa. Muchas veces la realidad resultaba enmascarada. Por ejemplo, a la violencia que sufrían las monjas en sus mortificaciones se le llamó heroísmo, que servía de modelo aún cuando transgredía normas propuestas por las órdenes religiosas. Esto, en virtud de que "en una sociedad en la que la vida se vive en función de la trascendencia, es plenamente explicable que el prodigio se sustente en una fe colectiva surgida de una cultura de evidentes y profundos signos religiosos" (Bravo, "Miniaturas", 127).

No sólo la religión o las clases sociales determinaron a la sociedad novohispana; en su imaginario, también se encuentra la concepción de felicidad que varía según la época y el lugar. En el siglo XVII se podía decir que una persona era feliz o afortunada cuando veían en ella un modelo de virtud, aparte de reunir para sí y su familia un cuantioso caudal. Si bien el honor era una cualidad cara a los pobladores, la responsabilidad de mantenerlo recaía en la mujer. Fue visible a través de la procedencia, es decir, del estatus, rango, cuna, y a través de una conducta virtuosa; el honor como virtud fue más valorado que el honor como riqueza o estatus. Ello significa que la reputación de la virtud femenina sobrepasaba las demandas del estatus social y del privilegio económico; de ahí la importancia que tuvieron las monjas, portadoras del privilegio que les concedía el ser santas. Junto al valor del honor, estaba el de la nobleza que provenía de un rango religioso y se conservaba, o se hacía patente, a través de costear obras piadosas que –en ocasiones– implicaban una fortuna. “Una sociedad cada vez más cristianizada culturalmente, formulaba exigencias de esplendor litúrgico cada vez mayores” (Alfaro, “Un gusto”, 65).

El cristianismo, impuso modelos universales que dejaron ver la diversidad de gentes y culturas a las que se tendría que aplicar distintas categorías. Aunque el discurso cristiano era para todos, no podía esperarse que se aplicara igual. El orden colonial no admitía la igualdad, por lo que, el lujo y la ostentación, fueron signo necesario de demarcación social. “En la sociedad barroca, el parecer noble, honrado, rico y poderoso, era casi tan importante como serlo en realidad” (Gonzalbo, *De la penuria*, 50, 51).

La sociedad veía los logros personales con escepticismo; “el individuo que había triunfado [era] una confirmación real de toda la familia, pues garantizaba que, por generaciones, sus miembros habían practicado su religión, habían mantenido relaciones respetables y una manera digna de vivir” (Laad, “Nobleza”, 26). En pocas palabras, había logrado integrarse a la colectividad. Las personas estuvieron marcadas por su raza, posición social y situación económica (Seed, *Amar*, 88); desde su nacimiento, la persona conseguía nombre y rango, lo cual le daba un lugar en la sociedad. Esto constituyó una limitación para la realización personal, de ahí que las mujeres, claramente en desventaja, buscaran otros caminos como el religioso. El padre, podía elegir la pareja del hijo o hija, y también podía decidir la profesión o vocación religiosa. Las fortunas se obtuvieron por el trabajo en las minas, en el comercio, en las haciendas; pero los ricos desdeñaban trabajar o aprender un oficio, así estuvieran en la ruina.

En la Nueva España se perseguía la fortuna no para convertirla en nueva fuente de riqueza productiva sino para que ella transformara a su poseedor, lo dotara de un nombre [...] cuenta don Lucas Alamán [...] un título de conde o marqués, o una cruz en una orden militar, era la ambición del que había hecho su fortuna en el comercio o en una bonanza minera (Alfaro, “Espejos”, 13).

Los clérigos fueron representantes de Dios, tenían un lugar superior a los demás; la mayoría fueron blancos, mientras que a negros e indígenas se les excluyó de las órdenes religiosas. Criollos, hijos de terratenientes, comerciantes y profesionistas engrosaban las filas de

los conventos, y es que de este modo se aseguraba la vida; baste agregar que para ser santo se debía ser preferentemente blanco y místico (Rubial, *La Plaza*, 63, 121). De aquí se deduce porqué los estudios más numerosos acerca de las hagiografías, se refieren a criollos; de ahí proviene también que nuestra visión sea parcial en cuanto a que, mestizas, negras e indígenas, han sido poco estudiadas, y esta carencia se debe a las pocas noticias acerca de ellas.

Los ricos novohispanos vivieron con ostentación, dando cuenta a los demás de sus fortunas -mostradas a través de palacios, casas de campo, muebles finos, tapices, pinturas, objetos lujosos de China y Europa, ropa, joyas, esclavos y carruajes. De Asia importaban lujos a los que ya se habían acostumbrado, logrando con ello sustentar su condición de caballeros y su estatus. Otra forma fue:

[...] tener una capilla funeraria en algún templo, el patronazgo de un convento, pertenecer a una cofradía de notables y dejar donaciones testamentarias en capellanías, dotes para huérfanas o limosnas [...]. La ropa no era sólo un signo de estatus, era algo valioso que se atesoraba y heredaba. En las fiestas de palacio se podía apreciar la última moda europea en vestidos, peinados y joyas. La ropa no era para los ricos novohispanos sólo un elemento de estatus, era también una forma de diferenciación frente a los peninsulares y a la nobleza indígena (Rubial, *La plaza*, 70, 77 y 88).

Para las clases pudientes, el ocio fue demasiado largo, aunque tuvieron un sin fin de actividades donde lo disiparon; desde corridas de toros, comidas, teatro,

hasta ceremonias religiosas, se lucía la ropa, los carruajes. Las fiestas sirvieron para mantener la estabilidad social mediante la reglamentación de actividades, y también rompieron con la monotonía de la vida colonial; las fiestas religiosas fueron las más importantes. “Toda fiesta por su carácter de ruptura de lo cotidiano, era un terreno propicio para los excesos [...] El placer aparecía siempre unido a la idea de prohibición” (Rubial 108). Según Juan Pedro Viqueira, las tres fiestas más importantes durante la colonia fueron: “la procesión de Corpus Christi, la entrada del nuevo virrey a la ciudad de México y la fiesta de San Hipólito, también llamada Paseo del Pendón”.³ La procesión de Corpus Christi fue la más importante; en ella se congregaba todo el pueblo y se unían todos los sectores de la sociedad.

DISCURSO RELIGIOSO

Entre las formas del discurso, oral y escrito, están el sermón y el teatro, ambos instrumentos de integración y adhesión a los valores de las élites en el poder, y aunque similares a la hagiografía, tenían sus propias características; en aquellos (sermón y teatro) la comunicación era directa y la persuasión era coronada con gestos y ademanes. En el caso de las hagiografías, se privilegiaba el comportamiento de hombres y mujeres místicos mediante el poder del discurso masculino; era tal la teatralidad ejercida como persuasión, que la ficcionalidad ocupó varias páginas.

³ Véase Janet Long Towell, “Los alimentos como imágenes culturales en la Nueva España” en Amaya Garrita (coord.), *Una mujer, un legado, una historia. Homenaje a Josefina Muriel*, p. 198.

Estas formas de representación discursiva incluían segmentos exordiales y adquirieron la forma de dedicatoria, o bien carta-dedicatoria, y cumplieron con los principios de *docere* (enseñar comportamientos morales), *delectare* (lo que se narra sea ameno) y *movere* (emocionar, mover al público), buscando con ello ganar la docilidad, benevolencia y simpatía del público, según recomendaba la preceptiva. Un rasgo distintivo fue la redundancia del mensaje; la reiteración de una actitud, de un punto de vista que caracterizaba a cada personaje, lo cual contribuyó a dar lentitud a las obras.

A los personajes se les distinguía por lo que decían y no por cómo lo decían (Walde 104); una de las fórmulas para ganarse al público, era usar palabras en tono de modestia, destacando lo valioso del ejemplo, dando cuenta de un relativo desprecio de sí mismos. La predicación barroca se valía de los mismos temas y tonos: muerte, demonio, infierno y plasticidad en la representación. El modelo más común perteneció a la hagiografía masculina. En las hagiografías interesaba más el ejemplo de los santos –aleccionador en sí mismo–, que de los acontecimientos (Sánchez 403); importaba el acceso al comportamiento moral más que a la verdad, de ahí que esta literatura tuviera un carácter ejemplar y pusiera énfasis en el contenido más que en la forma de transmisión, lo cual es causa de la falta que se le imputa.

Los orígenes prodigiosos que se narraron en las obras y tuvieron antecedentes medievales europeos, estaban integrados por un esquema de tres variantes: prodigios atribuidos, interpretación prodigiosa de situaciones banales e interpretación selectiva de situaciones

cotidianas sobre las que se hacía recaer una ‘intencionalidad simbólica’, aunque no fuera prodigiosa. La novela de santos, como algunos la llaman, trataba de una narración que involucraba al lector, vinculándolo con el personaje que se pretendía ejemplificar. Eran seudonovelas realizadas a partir de un texto previo, autobiográfico o de memorias.

La retórica de muchos sermones iba encaminada, no a lo conceptual, sino a un impacto fonético, a imágenes impresionantes; utilizaban hechiceras, ensalmadores o santiguadoras de los siglos XVI y XVII, empleando abusivamente frases latinas (teniendo el latín para el hombre vulgar un contenido sacro y sobrenatural). El predicador se figuraba un histrión y la gente acudía al sermón buscando emociones fuertes. Estas emociones eran compartidas por todas las clases sociales, de la misma manera en que se emocionaban con el teatro.

La aspiración del predicador barroco no era adoctrinar, en el sentido de enseñar, sino mover al auditorio a creer, incluso a aceptar lo sobrenatural. El apóstrofe en la Edad media pasó a convertirse en una técnica, en un estilo; los segmentos apostróficos iban dirigidos al público, haciendo que los ánimos se inclinaran a sentimientos que lo hicieran reaccionar contra los pecados o el mal.

De los ‘preejemplos’ se incorporaron, con la técnica del punto de vista, recursos tan barrocos como la autobiografía, el monólogo y la teatralidad; esto obligó al lector a sentirse parte de las vivencias del protagonista, pues se hablaba en primera persona. El lector también lo acompañaba en sus meditaciones, en los

ataques del enemigo y apariciones de santos (todo ello contado al lector).

Frecuentemente, en la Edad media se utilizaron la descripción y procedimientos tales como la comparación, la metáfora, la preterición, figuras que fueron usadas en las hagiografías virreinales. Autores como Antonio Rubial indican que, por la manera de presentar a los personajes como arquetipos, el género está más cerca de la novela que de la historia, aunque exista la pretensión de que esos textos expresan hechos reales. De parte de la novela, la hagiografía tomó los

[...] cambios marcados por los tonos de fortuna y las vicisitudes, lo que le da a la narración suspenso y un tono de aventura [...] en el caso de la novela de caballería [...] la exageración y licencia para romper los planos entre la realidad y la ficción con la narración de hechos prodigiosos [...]. También la retórica contribuyó normando la manera de escribir y el Barroco agregó el rebuscamiento del idioma, las digresiones. El sermón y el teatro, otros géneros que tuvieron gran difusión proporcionaron “su forma grandilocuente y rebuscada (*La santidad*, 31 y 41).

En las obras escritas por varones (a diferencia de las mujeres), cuya voz fue impersonal, se notó la carencia de inmediatez; ellos solían hablar de las experiencias místicas, considerándolas una norma o teoría; en contraste, las mujeres se referían a ‘mi’ experiencia mística, haciendo notar lo que pudo haberles ocurrido sólo a ellas, y considerando que no era solamente parte de su imaginación, sino que lo habían experimentado en su propio cuerpo. Estas imágenes tienen que ver con la expresión de un amor espiritual; demuestran la fuerza

de un sentimiento y el peso de las metáforas, donde la condición de lo real y lo irreal no está ausente.

Para finalizar, presento las características representativas de los escritos literarios, interrelacionados con el imaginario de su época y con el europeo de siglos anteriores a la conquista:

- Lo sobrenatural, como motivo para la recreación de la historia.
- La utilización de figuras retóricas y un simbolismo que caracterizaba lo bueno y lo malo.
- La similitud de paradigmas escriturales entre las obras estudiadas, no importando el lugar de origen.
- La presencia de narradores y personajes, que se valieron de estrategias discursivas, del lenguaje coloquial y de otro más culto, con el fin de mover las conductas del lector.
- Obras expresadas a través de géneros incipientes, que fueron antecedente de la actual autobiografía y biografía.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

La vinculación entre religión, sociedad e imaginario, fue clave para la escritura, para la comprensión e interpretación del discurso literario didáctico de la América Española.

Las noticias que tenemos de esa época, dan cuenta de personas que gozaron de privilegios, como tiempo y dinero. Ello propició la lectura de libros traídos de Europa y la escritura de otros que lindarían con

la novela. Los temas que frecuentemente se retomaron en las obras fueron lo sobrenatural, la cercanía y la convivencia con elementos religiosos; no eran nuevos para Europa y fueron resultado del sincretismo de la conquista y de la convivencia entre indígenas, europeos y negros.

La literatura religiosa unía características que, en un sentido lato, fueron precedente de la novela actual, que se había venido gestando desde la época medieval. Elementos como la importancia del héroe, los acontecimientos que giran en torno al protagonista, la lucha entre el bien y el mal, entre otros, son similares a los de los relatos modernos.

El Barroco fue un legado de Europa, particularmente de España; y las obras literarias recibieron la impronta de este periodo representado básicamente en la poesía y el teatro. No obstante, las hagiografías compartieron la teatralidad, el lenguaje rebuscado, la reflexión entre la vida y la muerte, el privilegio de lo sensorial y llamativo, la preocupación por el más allá. La inquietud por el pecado, y por limpiar el cuerpo y el alma, se convirtieron en obsesión tanto para mujeres como para hombres; en este sentido, los milagros, lo prodigioso, también era visto como probable. Las mujeres fueron quienes más sufrieron la indefensión ante la idea de tener un cuerpo propicio al pecado; fueron quienes debían conservar su honor, aún a costa de sus propias vidas, como en siglos anteriores lo habían hecho mujeres notables como Hildegarda de Bingen o Santa Catalina de Siena.

Nuestro imaginario, incluso aquél que describe fiestas religiosas como el Corpus Christi, el paseo del Pendón, la corrida de toros, es parte cotidiana de nues-

tra vida, y ello es resultado del sincretismo entre Europa y América. Lo importante consiste en ver la riqueza de esta asimilación, la cual nos dio oportunidad de ser otros, los que somos ahora.

BIBLIOGRAFÍA

- Alberro, Solange, *Inquisición y sociedad en México 1571-1700*, México, FCE, 1993.
- Alfaro, Alfonso. "Un gusto señorial". *Artes de México, Palacios de la Nueva España*, núm. 12. México, 1998, pp. 54-77.
- , "Espejos de sombras quietas" *Artes de México. El retrato novohispano*, núm. 25, julio-agosto, México, 1994, pp. 9-21.
- Bravo Arriaga, María Dolores, "Santidad y narración novelesca en las crónicas de las órdenes religiosas (siglos XVI y XVII)", *América-Europa. De encuentros, desencuentros y encubrimientos*, México, UAM, 1992.
- , "Miniaturas hagiográficas novohispanas: El Menologio femenino" en Agustín de Vetancurt *Anuario de Letras*, vol. XXXV, México, UNAM, 1997, pp. 123-130.
- Bühler, Johannes, *Vida y cultura en la Edad Media*, México, FCE, 1996.
- Cervantes, Fernando, "El demonismo en la espiritualidad barroca novohispana" en Clara García Ayluardo y Manuel Ramos Medina (coords. y prol.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México, INAH, CONDUMEX, UIA, 1997.

- Echeverría, Bolívar, *La modernidad de lo barroco, México*, Era, 1998.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar, "De la penuria y el lujo en la Nueva España, siglos XVI-XVIII", *Revista de Indias*, vol. LVI, núm. 206, Madrid, Departamento de Historia de América "Fernández de Oviedo", Centro de Estudios Históricos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, enero-abril, 1996, pp. 49-75.
- Jiménez Rueda, Julio, *Historia de la cultura en México. El Virreinato*, México, Cultura, 1960.
- Laad, Doris M., "La nobleza novohispana". *Artes de México, Palacios de la Nueva España*, núm. 12, México, 1998, pp. 26-35.
- Leonard, Irving A., *La época barroca en el México colonial*, México, FCE, 1995.
- Loreto López Rosalva, "La fiesta de la Concepción y las identidades colectivas, Puebla (1619-1636)" en Clara García Ayuardo, Manuel Ramos Medina, (coords.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México, INAH, UIA, Condu-mex, 1997.
- Manrique, Jorge Alberto, "Del barroco a la ilustración", en *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 1976, Tomo II.
- O'Gorman Edmundo, *Meditaciones sobre el Criollismo*, México Condu-mex, 1970.
- Paz, Octavio, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las Trampas de la Fe*, México, FCE, 1994.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte, 1984, en Russotto, Márgara. "Condiciones y preliminares para el surgimiento y formación de los discursos femeninos en la Colonia siglos (XVI-XVIII)", *Mujeres latinoamericanas: Histo-*

- ria y cultura. Siglos XVI al XIX*, México, UAM, tomo I.
- Rubial García, Antonio, *La santidad controvertida*, México, UNAM, FCE, 1999.
- , "Los santos milagrosos y malogrados de la Nueva España" en Clara García Ayuardo y Manuel Ramos Medina (coords. y prol.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México, INAH, Condu-mex, UIA, 1997.
- , "La crónica religiosa: historia sagrada y conciencia colectiva" en Raquel Chang-Rodríguez, (coord.), *Historia de la literatura mexicana. La cultura letrada en la Nueva España del siglo XVII*, México, siglo XXI, UNAM, 2002.
- , *La plaza, el palacio y el convento. La ciudad de México en el siglo XVII*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998.
- Sánchez Lora, José Luis, *Mujeres, conventos y formas de la religiosidad barroca*, Madrid Fundación Universitaria Española, 1988.
- Seed, Patricia Amar, *honrar y obedecer en el México colonial*, México El Colegio de México, CONACULTA, Alianza, 1991.
- Walde Moheno, Lillian von der, "La estructura retórica de la ficción sentimental" en Company Concepción, González Aurelio y Walde Lillian von der (eds.), *Discursos y representaciones en la Edad Media. (Actas de la VI Jornadas Medievales)*, México, UNAM, El Colegio de México, 1999 (Publicaciones de Medievalia, 22).

El mundo es un libro abierto, conformado por multiplicidad de determinaciones, fenómenos, circunstancias y problemas, en donde cada ser humano lo lee de acuerdo a su concepción filosófica; lo *interpreta*, lo *comprende* y lo *conoce* para formar su horizonte simbólico, es decir, su cultura y su conocimiento que plasma en la obra de arte. En esa orientación, la hermenéutica surge al momento de interpretar, comprender y conocer el mundo. La hermenéutica, entendida como la ciencia de la *interpretación* y la *comprensión* o *entendimiento crítico* principalmente del mundo y del texto, es lugar donde se manifiesta su conocimiento, ya sea literario, filosófico, económico, político, histórico sociológico, etcétera. En esa lógica se escribe este texto de un conjunto de investigadores con perfiles literarios y filosóficos.



ISBN 978-607-7495-05-5

